



SIN EMBARGO

por Fr. Mariano Di Vito, OFM Cap.

De la Navidad se han ocupado todos: escritores, poetas, publicitarios, artistas, pintores, músicos y teólogos. El Occidente secularizado y el Oriente cristiano, pero también las antiguas culturas de los muchos "Sur del mundo" como las nobles civilizaciones del lejano Oriente, aunque con motivaciones diferentes y distantes, no renuncian a iluminar millares de pequeñas estrellas por las calles y en los edificios para recordar y rendir homenaje a la Estrella luminosa y espléndida que no conoce confines: ¡Jesús!

Sin embargo... todavía hay mucho que escuchar, entender, conservar en el corazón y con una confianza nueva transmitir a las nuevas generaciones.

¡Escuchar! "Había en la misma comarca unos pastores....Se les presentó el Ángel del Señor" (Lc 2,8). El Señor continúa a hablar y de mil maneras hacer sentir su voz. En Belén lo acogieron los pastores, símbolo de la humanidad pobre y humilde, los más cercanos a la cueva, pero habían percibido el susurro también los Magos, metáfora del mundo de la cultura, de la ciencia y de la investigación. ¡Los más lejanos!. Los unos y los otros tienen en común el ponerse en viaje, el ir "hacia", el no quedarse encerrados en la propia fortaleza, sea la de Herodes, o el cálido fuego junto al baño.

Hoy como nunca, estamos llamados a salir de esquemas y proyectos diseñados a medida de nuestras inmediatas y raquíticas "pequeñas cosas" y hacernos guiar hacia adelante, aprendiendo a escuchar y a reconocer aquella "voz", que cada vez más se arriesga a ser sofocada por el ensordecedor estruendo de lo efímero, o del no menos peligroso silencio de la soledad del corazón.

¡Entender! Los Magos eran hombres de ciencia, de cultura, y los pastores, por el contrario, no eran asiduos de rútilos y de pergaminos, sin embargo condividen el don de la sabiduría. Podemos saber muchas cosas y no entender lo esencial, no coger el sentido de los signos, continuamos a excavar y a buscar agua en cisternas agrietadas, mientras bajo nuestros pies, a veces junto a nosotros, fluyen ríos de agua viva y fluyente.

¡El serio itinerario para pasar del saber al entender, de la ciencia a la sabiduría, permanece todavía lejos de completarse, ya sea por aquellos que viven en el templo o en las ricas bibliotecas, o en las habitaciones de los botones, o en las humildes y a menudo degradadas periferias del mundo!

¡Conservar en el corazón! "Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón" (Lc 2,19). La velocidad, el cambio, la frenética búsqueda de lo nuevo, son las cifras de nuestro tiempo. Es la modernidad. Custodiar, meditar, pararse y no tener prisa son sin embargo consideradas acciones improductivas, o al máximo un lujo que sólo pocos pueden permitirse. ¡Es nostalgia inútil!

La Virgen santa está allí junto al Niño, primero para ofrecérselo, para que recordemos que un árbol es más fuerte, lozano y rico de frutos, cuanto más profundas y sólidas son sus raíces.

Custodiar y meditar en el corazón significa consentir a la semilla que encuentre espacio y tiempo dentro de nosotros. No importa si es un grano de mostaza o de una secuoya, es necesario que encuentre un poco de terreno y el sincero deseo de no sofocarlo entre yerbajos y zarzas. (cfr. Mt 13,1-23).

¡Transmitir! " Al verlo, contaron lo

que habían oído decir sobre este niño" (Lc 2,17).

El Santo Padre Benedicto XVI ha convocado el Año de la Fe antes que nada para ofrecer a toda la comunidad cristiana la oportunidad de redimirse y encontrar el esplendor de la fe recibida por los Padres, pero también para reanudar el impulso de los apóstoles en el contar y testimoniar a los hombres de nuestro tiempo.

Contar la Navidad es narrar un encuentro, nuestro encuentro con Cristo, Señor, Salvador y centro del tiempo y de la historia, antes que un hecho, aunque sea extraordinario, que sucedió bajo el imperio de Cesar Augusto, mientras Quirino era el gobernador de Siria (cfr. Lc 2, 1ss).

La nueva evangelización no puede no partir de la prolongada parada delante del "recién nacido acostado en el pesebre" (Lc 2,17). Seremos más contagiosos cuanto más sabremos suscitar a nuestro alrededor el estupor como cristianos, y sobre todo como comunidad cristiana (cfr. Lc 2,18) antes que la admiración por la espectacular solemnidad de las celebraciones, la solidaridad de la caridad antes que los reconocimientos por la eficacia de los programas.

El Padre Pío, tras la huella de Francisco de Asís y de la espiritualidad franciscana, vivía la Navidad como el tiempo de la emotiva e íntima contemplación de la humildad del Dios Altísimo, y no se cansaba de recordarlo a sus hijos e hijas espirituales, induciendo a todos a responder al Amor con el amor. Nos lo recuerda también a nosotros que, después de tantas temporadas navideñas, pensamos que lo hemos visto todo...

Sin embargo...

